



## COMISIÓN 5

### Licenciatura en Comunicación Social

#### Índice

1. Vacaciones no planeadas. Rocío Milagros Acosta
2. Fiesta de cumpleaños. Juliana Arregui
3. Insomnio. Inti Balboni González
4. Que no te arrastre. Angie Macarena Berdún
5. Solamente hace falta recordar. Gonzalo Bretanger
6. El mejor momento. Daniel Agustín Brillo Espinosa
7. El feminismo que va a vencer. Belén Britos
8. Despertar. Camila Agustina Cáceres Trelles
9. La compañía de la suerte. Lautaro Campodónico
10. Cuidado con los criados. Martina Noel Fernández
11. La venganza que no tenía nombre. Violeta González
12. Siempre es mejor en taxi o uber. Gregorio Manuel Grasso
13. Mis demonios me visitan. Maité Nahir Guida
14. El funeral con momento feliz. Eileen Elizabeth Ortellado
15. Una amistad que no fue tal. Valentín Hugo Valdés
16. El tren pasa una sola vez. Álvaro Gustavo Villafañe

## **Vacaciones no planeadas**

Rocío Milagros Acosta

Era verano y con una de mis amigas nos queríamos ir de vacaciones a la playa más cercana de mi pueblo, Monte Hermoso. Pasaban los días y no nos organizábamos, pero de un día para el otro, sin planear nada juntamos nuestras cosas y decidimos viajar. Solo sabíamos que íbamos a acampar, ya que un hotel o departamento en temporada eran muy costosos.

Llegó el momento de irnos, nos despertamos temprano y partimos. Durante el viaje buscamos un camping para alojarnos, lo reservamos por Internet y nos quedamos tranquilas. Finalmente, después de viajar cinco horas, llegamos. Comimos en un lugar que vendían comida hecha, y luego fuimos al sitio donde nos quedaríamos. Resultó que la reserva no había sido registrada. Así que buscamos otro camping que nos salía un poco más caro que el anterior, pero lo pagamos igual ya que no nos quedaba otra opción. Los empleados del lugar nos ayudaron a armar la carpa, ya ubicadas nos quedamos tranquilas.

En el momento en el que estábamos por comer, nos dimos cuenta que no habíamos llevado ningún elemento para poder cocinar. Así que tuvimos que comer en pizzerías y restaurantes de la ciudad. Sin medir el dinero que gastábamos, llegó el momento de irnos y nos dimos cuenta que no nos quedaba más plata para el pasaje de vuelta. Llamamos a nuestros padres y nos depositaron en mi tarjeta.

Sabíamos que al llegar nos iban a retar de tal manera, que el próximo viaje lo íbamos a organizar con ganas. Y así fue.

## **Fiesta de cumpleaños**

Juliana Arregui

¿Cómo olvidar aquel dos de enero? Recuerdo que era una tarde-noche fría, demasiado para mi gusto. Me puse mi abrigo favorito, una campera acalorada que me había regalado mi compañero de trabajo para mi cumpleaños.

Fui al almacén más cercano y compré todos los elementos necesarios para hacer una torta, la diseñé con muchas flores, como a Marta le gustaba de niña. Marta, martita ¡Mi hermana querida!

¡Tan linda! Con sus rulos dorados, su alegre sonrisa y esa buena energía tan particular de ella. Siempre dispuesta a ayudar a todos, siempre servicial. Llegué a mi casa, decoré todo para que quede lo suficientemente acogedora y bella para poder celebrar su cumpleaños número 36. La hora llegó, mi querida hermana tocó el timbre a las 20 de la noche como todos los años.

—Pasa martita— le grité, dándole los últimos retoques al pastel.

Ella entró sonriente, contenta. Con un vestido floreado que destacaba su hermosa figura.

—Estoy tan feliz de que recuerdes mi cumpleaños— dijo sorprendida comiendo un último bocado de pastel.

—¡Yo nunca lo olvidaría!— le contesté, a lo que ella me dedicó una sonrisa.

—Mamá y papá ya no se acuerdan de mí. ¡Ni siquiera vienen a visitarme!— bufó con melancolía.

Tomé su mano, intentando transmitirle compasión y tranquilidad. Observé que llevaba la pulsera que compramos juntas de pequeñas, sonreí internamente.

La noche transcurrió entre risas y anécdotas, se me llenó el pecho de satisfacción al verla tan feliz. Nos sacamos los zapatos, pusimos rock de los 80's y bailamos alegremente a la luz de la luna. Tomamos nuestro champagne favorito, ese que probamos en la primera fiesta que fuimos juntas.

—¿Te acordás cuando estabas enamorada de Martin?— preguntó entre risas.

—¡Qué recuerdo! Ahora está de novio con la que solía decir que era su mejor amiga— contesté.

—Típico— exclamó poniendo los ojos en blanco. Las campanas marcaban la media noche, pude ver la desesperación y tristeza en su mirada. Se colocó rápido los zapatos, me dio un fuerte abrazo y salió corriendo al cementerio.

Todos los años, el sereno abría la tumba de mi hermana para que pueda verme el día de su cumpleaños.

## **Insomnio**

Inti Balboni González

Iba a ser una noche como cualquier otra en la casa de mis abuelos, solo que con la ausencia de uno de ellos; en realidad siempre depende de la concepción de presencia que pueda llegar a tener cada persona. Me acomodaba en el sillón del comedor (donde

solía dormir normalmente) cuando decidí mirarla por última vez. Se encontraba prácticamente arriba mío y el solo hecho de pensar su contenido me generaba escalofríos.

Transcurrieron unos treinta minutos desde que me había acostado con la intención de dormirme, pero seguía sin lograrlo, por lo que aproveché para levantarme e ir al baño. Cuando volví al sillón, más despabilado, me giré para mirarla una vez más y preguntarme cómo cabían las cenizas de un hombre de 85 kilos en tan pequeño recipiente de cerámica. Efectivamente, la urna que contenía los residuos de lo que alguna vez fue mi abuelo, reposaba sobre la repisa ubicada exactamente arriba del sofá donde yo intentaba dormir. Pese a esto, retomé la apuesta de conciliar el sueño junto a los restos humanos.

Al momento de cerrar los ojos, escuché el contundente golpe de la cerámica contra el piso, lo que generó que me levantara rápidamente para ir a buscar a mi abuela y contarle del incidente. Entré a su cuarto y a simple vista no se encontraba en la cama. Me acerqué para corroborarlo y una extraña sombra gigante me expulsó fuera de la habitación, dejándome nuevamente en el comedor.

Las cenizas, de un momento a otro comenzaron a esparcirse por todo el lugar y a impregnarse en mis pulmones velozmente. Cuando intenté abrir la puerta, la sombra se abalanzó sobre mí sosteniéndome en el suelo. Mi corazón latía fuerte. Sentía las venas de mi cuello a punto de explotar. Mis manos temblaban y mis pies se contraían.

Exactamente en ese momento, cuando ya empezaba a desvanecerme y asumía que no podía hacer nada al respecto, desperté. Mi cara estaba apoyada en el almohadón del sillón, esto impedía que respire con normalidad y la urna se encontraba en su lugar; quieta, intacta y cargada.

### **Que no te arrastre**

Macarena Angie Berdún

Todo se tornaba oscuro a medida que la noche avanzaba; se me va el aire cuando recuerdo ese sueño que me persiguió varios meses durante mi adolescencia. Jamás había tenido contacto con lo paranormal, mis tíos solían contarme historias de invocaciones o de mujeres vestidas de blanco que caminaban por los techos durante la noche. Nunca les creí, pero hoy me invade la duda.

Lo que voy a contarte, si he de sincerarme, no sé en qué nivel de lo fantástico se encuentra, ni siquiera estoy segura que sea algo paranormal. Tengo un sobrino hermoso, que forma parte del amor de mi vida. Yo tenía entre 15 y 16 años cuando un sueño que lo involucraba empezó a presentarse con recurrencia.

Las primeras dos veces no me preocupé, no me afectaba y para entonces estaba llena de escepticismo cuando de algunas cosas se trataba. La verdadera preocupación se dio cuando le vi la cara, los ojos, cómo se arrastraba, cómo sangraba y a quién se llevaba.

Se trataba de una mujer que tenía la cara muy demacrada, llena de arrugas y muy sucia. Sus ojos eran de un negro muy intenso, no tenía mucho pelo; estaba casi pelada y tenía cicatrices en toda la cabeza.

Vestía con harapos sucios, rotos y quemados, probablemente olorosos. Sin embargo, no estaba sola, un hombre, cuyo aspecto preferí olvidar por el miedo que me generaba, la acompañaba en todos mis sueños. Lo único que me atrevo a recordar del hombre es que él sí caminaba. Ella no, se arrastraba por el barro y me decía cosas inentendibles.

Estuve soñando lo mismo durante mucho tiempo, a veces me levantaba transpirada y asustada pero seguía sin comentar lo que sucedía cuando me iba a dormir. En uno de esos sueños, su aspecto fue peor que antes.

Todo transcurría en un pasillo que te adentraba a un lado marginado del barrio donde las calles eran de barro. De un lado había casillas, del otro, pastizales largos que no paraban de crecer y basura.

Recuerdo que tanto en la vigilia como en el sueño había una casilla de material sumamente descuidada. El tiempo la estaba derrumbando, parecía que la habían bombardeado y tenía huecos por todos lados. De la casa salían grandes ratas de colas largas y cucarachas de a montones. En ese sueño, el campo se estaba quemando y el cielo estaba literalmente negro, yo pasaba por en frente de la casa de la mano de mi sobrino.

La mujer salió de la casa arrastrándose a una velocidad que no había visto antes en otros sueños, le agarró los pies al chico y lo arrastró con ella hacia la casa. Mi sobrino lloraba, cuando me asomé a la puerta completamente desesperada, apareció el hombre cubierto por las llamas.

A ella solo le entendí decir "esto es mío", haciendo referencia al nenito que arrastraba a su par. Me levanté más asustada de lo normal, casi no respiraba y levantarme de la cama jamás me había costado tanto.

Tuve el atrevimiento de comentarle a mi mamá lo que había pasado. Poco después, cuando tomaba mates en la vereda con mi abuela, quien le prendía velas a San la Muerte y al Gauchito Gil, ella me comentó que esa casa fue bombardeada por los militares de la última dictadura argentina y que tal vez la mujer intentaba decirme algo.

Le creí y todavía le creo la historia a mi abuela, pero la verdadera pregunta es ¿qué intentaba decirme? Lo único que me es certero, es que en cuanto lo comenté, volví a dormir en paz.

Hasta hace unas semanas...

### **Solamente hace falta recordar**

Gonzalo Bretanger

Estaba en el ataúd, rodeado de mi familia y mis amigos, aunque recuerdo solamente a tres. Faltaba Guido, no había motivo para que él no estuviera; era mi mejor amigo.

Mi madre estaba agarrando mi mano, llorando de una manera desagradable, inaguantable. Ella gritaba violentamente "¿Por qué se ha muerto?". Tampoco lo sabía. Fue entonces cuando entré en cuestión por querer recordar de qué manera había sucedido.

Lo primero que se me ocurrió fue pensar que me habían asesinado. Los padres de mi novia no estaban contentos conmigo, decían que era un drogadicto; eran violentos y mi novia igual que ellos. Pero creo que no fue así, ella estaba al lado de mi cajón en el día de mi sepultura.

Sigo tratando de rememorar mi muerte. Recuerdo que fue después de salir de bailar, siempre muy ebrio, un poco bardero. Esa vez con mi amigo Guido robamos un bidón de nafta de la caja de una camioneta que estaba estacionada en un garaje. Esparcimos toda la nafta arriba de la camioneta y la prendimos fuego. Sin embargo, los días no coincidían con el de mi muerte.

Tuve una tercera imagen, se me venía una sensación muy rara, en la que sentí mi muerte. Tenía una moto, roja e imponente. La amaba más que a mi propia vida; le di una parte de mi vida.

Recuerdo pasar a buscar a mi querido amigo, un día antes de mi fallecimiento. Habíamos organizado para ir al parque al que íbamos siempre. Cuando cruzamos la ruta

para llegar hasta allí, vimos un accidente de una moto contra un auto. Nos miramos y nos dijimos: “qué horrible sería que algo así nos suceda”.

A los pocos minutos de llegar al parque, a Guido lo llamó su mamá y le pidió que vaya rápidamente a su casa. Sin saber muy bien qué había pasado, y muy asustado, me pidió que lo llevara. Yo estaba tan asustado como él.

En la trayectoria a su casa, yendo a toda velocidad, nos cruzamos un auto igual al que habíamos visto chocar un rato antes. Todo terminó ahí. Ahora entiendo por qué Guido no estaba en mi velorio.

### **El mejor momento**

Daniel Brillo Espinosa

Llega la tarde y siento algo extraño en mi cuerpo, pero a la vez me siento aliviado. Desde afuera veo a mi abuela levantándose, es todo muy extraño, porque no oigo nada. Veo llegar a mi madre con la gata y me la pone encima para que me rasguñe.

Ahora que veo bien, me estoy quedando calvo, qué depresión. Justamente me están encerrando en un ataúd, intento estar cerca de mi cuerpo y creo que peso mucho. Creo que estamos llegando a mi velorio. Estoy seguro que la mejor manera de morir es estando acostado en mi cama, en fin.

A lo lejos veo llegar a mis amigos, que en la mano llevan un licor, qué manera hermosa de acordarse de mí. Para mi sorpresa, lo derramaron sobre mi cajón. A todo esto, inesperadamente, llega mi padre, es la única persona de mi familia que sufre de ataques. Qué mal veo este momento, sabía que le iba a pasar, le dio un paro en el corazón. Llamamos a la ambulancia, tarda más de 20 minutos y no se puede recuperar, mi padre falleció en el acto. Las horas pasan y pasan. Estos momentos de la vida, te dejan mucho que pensar.

Llega la noche, cuando de repente me encuentro con la imagen de mi papá cerca mío:

—Hola, pa ¿Cómo estás?— le pregunto —Daniel ¿me escuchas?— le vuelvo a preguntar.

A lo que no me responde, por lo que decido señalarle la playa, donde tanto nos gusta ir.

Nos acercamos al mar, lo miro y le digo:

—Viejo, te voy a extrañar. Algún día nos reencontraremos—. Nos despedimos con la mirada y los ojos llorosos.

### **El feminismo que va a vencer**

Belén Britos

Si hay algo que me gusta en la vida, son las reuniones familiares. No solamente por la comida de mi abuela, sino también porque veo a mi tía. Su nombre es Mabel, no sé cuántos años tiene exactamente, pero alrededor de 60. Sus medidas no son exactamente 90-60-90 y no le importa; tampoco es madre, pero se siente una mujer completa y muy feliz. Está casada con Kiko, un hombre que habla poco, pero la hace reír mucho.

Ella no sabe dos cosas muy importantes para mí: es mi ejemplo a seguir en muchos aspectos y es feminista, aunque lo niegue porque dice que no le interesa.

El domingo pasado tuvimos un almuerzo. Mi abuela no tenía ganas de cocinar, así que mi tía se ofreció a hacer un famoso asado. También fue el nuevo novio de Silvana, una de las primas de mi mamá que nadie soporta. Él comentó que también sabía hacerlo, y que era el mejor.

Mabel dijo que no tenía problema en que lo hicieran juntas. Jorge de mala gana aceptó y luego, en tono de burla, dijo que podía necesitarla para que sostenga las bandejas. Unos diez minutos después de haberse ido a la parrilla, mi tía volvió a la cocina donde siempre estamos las mujeres. Pude notar que estaba enojada, entonces me acerqué a preguntarle qué había pasado. Me contó que el tipo le recomendó dedicarse a las ensaladas porque las mujeres no están hechas para asar carne.

Llegó la hora de comer. Mabel y yo no hablamos en todo el almuerzo, cosa extraña porque en general lo hacemos hasta por los codos. No nos sentíamos para nada cómodas con ese macho sentado en la mesa familiar, menos sabiendo que a Silvana le duran años las relaciones.

En el momento en que todes nos estábamos yendo, Jorge no nos saludó. Aprovechamos para decirle a mi abuela que no volveríamos a una reunión si estaba él.

Dos meses después de la última reunión nos enteramos que Silvana estaba soltera. Eso me generó una alegría enorme, pero lo mejor fue que pude convencer a Mabel de que me acompañe a la marcha de Ni Una Menos que se acercaba.

## **Despertar**

Camila Agustina Cáceres Trelles

Estoy acostada en mi cama, destapada. Debería estar durmiendo, pero un ruido me levanta, un sonido extraño viene de mi cocina y empiezo a asustarme. Decido ir a ver



qué es; me pongo la bata, las pantuflas y silenciosamente me dirijo hacia el pasillo que da a la cocina.

Desde donde estoy, puedo ver la luz prendida, lo cual es inusual porque en la noche todas las luces de la casa se apagan, salvo las del jardín. Mi pulso ya comienza a acelerarse y mis piernas a temblar, cuando de repente un grito muy agudo y desgarrador, que parece ser de mi madre, se escucha a lo lejos. Corro hacia su habitación y me encuentro a un hombre robusto, desconocido, vestido de negro, y con un cuchillo en la mano. Me quedo inmóvil, todo mi cuerpo ignora las órdenes de mi cerebro, simplemente no puedo moverme, tengo las manos frías pero siento que arden por dentro.

Sobre la cama está mi madre, retorciéndose del dolor, luego de haber sido apuñalada por este hombre. Puedo ver cómo sus ojos se van cerrando y poco a poco deja de respirar.

Antes de que pueda moverme, se acerca a mí bruscamente y me agarra del brazo, me está llevando hacia el cuarto de mi hermano de tan solo cinco años de edad. Él se encuentra dormido, al parecer no escucha nada de lo que pasa afuera. Miro hacia un lado y veo el bate de béisbol, sin pensarlo dos veces lo agarro y trato de golpearlo, pero sostiene mi brazo en el aire e impide que lo lastime.

Yo me resisto hasta que siento un fuerte dolor en la cabeza y todo se pone borroso, recibo un puñetazo limpio que me deja desconcertada en el piso. Luego de unos minutos logro ver, aunque un poco distorsionado a causa del impacto. El hombre este se acerca a mi hermano y coloca una almohada sobre su rostro sin dejarlo respirar.

Mi pequeño Lucas empieza a moverse desesperado tratando de buscar aire, hasta que deja de respirar al igual que mi madre. El golpe fue tan fuerte que no logro ponerme de pie.

No entiendo lo que está pasando ¿quién es este hombre? ¿qué le hemos hecho para que venga por nosotros? Sé que soy la siguiente y empiezo a llorar, trato de gritar pero nada sale de mi boca, nadie me escucha. Todo de un momento a otro se pone en pausa, me pongo a pensar que todo esto tiene que ser un sueño, no puede ser real.

Me acuerdo lo que un día me dijo mi madre: “cuando sientas que lo que estás viviendo no es real, pellízcate. Vas a darte cuenta que solo es un sueño”. Lo hago e inmediatamente todo se pone negro, me encuentro otra vez en mi cama, como si nada hubiera pasado. Ahí es cuando me doy cuenta que todo había sido una pesadilla.

## **La compañía de la suerte**

Lautaro Campodónico

Recuerdo uno de los tantos días en la ciudad de las diagonales, mi querida ciudad de La Plata, hogar de mi mítica casa ubicada en las calles de 1 y 57 conocida como el estadio de Estudiantes de La Plata. Esta, como toda casa, se encontraba encerrada y techada solo que aquí se jugaba y se juega al fútbol, ese deporte que tanto apasiona a los argentinos. Era octubre, en pleno 2077 de primavera y se estaba por desarrollar uno de los encuentros más importantes.

Había ido con mi abuelo a la cancha, en el camino realizamos cargadas y bromas a nuestro eterno y clásico rival, con lo que logramos sacarnos alguna que otra sonrisa. Mientras palpitábamos el arranque del partido oíamos de fondo los tambores de la banda que generaron un ambiente festivo. Recuerdo que nos ubicamos en la tribuna popular, en donde estuvimos parados, charlando de cómo podría darse el partido. Escuchamos los altoparlantes que anunciaron la salida de los jugadores y vimos cómo el público recibió a los once hombres que jugaron el encuentro, con fuertes aplausos, aunque más fuertes serían después, gracias a las grandes emociones que nos hicieron vivir.

Previo a la ceremonia de saludos cordiales entre los capitanes, se realizó un homenaje a un socio importante del club, quién había aportado demasiado por el equipo de sus amores. Fue en ese momento en el que recuerdo que oí por las voces del estadio que se iba a realizar el esparcimiento de cenizas del socio honorífico Juan Ignacio Hirschi, en agradecimiento a todas sus contribuciones para con el club de sus amores. En ese instante ese apellido me resultó familiar, por lo que le pregunté a mi abuelo si conocía tal nombre, a lo que me contestó que se trataba de mi bisabuelo, quien también había sido vicepresidente del club.

Finalmente el partido fue muy complicado, tanto que estuvimos a punto de perder. Por suerte, en el final nos salió una jugada a partir de un córner, donde un mediocampista tiró un centro que fue conectado por el goleador y nos dio la victoria. Seguramente gracias a que la suerte estuvo de nuestro lado o mejor dicho a que el socio nos ayudó desde arriba.

## **Cuidado con los criados**

Martina Noel Fernández

Abrió los ojos y el malestar había desaparecido, intentó sentarse en el poroso suelo ya que cama como tal no poseía; si había camas en aquella casa, los criados dormirían cuando el patrón se marchase, o eso repetía él mismo. Al sentarse se sintió más ligera que nunca; entraron en el sucucho repleto de humedad que tenía asignado en la estancia tres de los otros criados. Molesta por la irrupción a su espacio de tal manera, quiso decirles algo pero su voz nunca brotó.

Estos tres, serios como nunca los había visto, se iban acercando hacia ella por lo que se puso de pie, alejándose.

Quedó atónita al ver cómo cargaban su propio cuerpo y lo llevaban fuera. Era ella, el cuerpo que levantaban de igual manera que un bolsón de harina, era el de ella. Intentó mirarse en un fragmento de espejo que tenía en una pared pero su reflejo nunca se hizo presente, había muerto la noche anterior y ahora era un fantasma.

Se llevaron el cuerpo y lo enterraron en el fondo de la estancia, tal como hacían con los animales que morían y no servían para consumo, o...con otros pobres criados. Vio cómo algunas de las criadas se secaban las lágrimas con sus delantales y daban la vuelta, para volver a trabajar. En cualquier momento el patrón despertaría de su sueño. Él tendría la suerte de despertar.

Merodeó por la estancia con la cabeza gacha. No podía creer haber muerto, todo era culpa del malnacido que tenía como jefe. Ella le había informado numerosas veces que necesitaba visitar a un médico por la infección que se le había desarrollado a su pierna izquierda debido a un golpe de su parte, pero él sólo se limitaba a decir que cuando terminara todas sus tareas, le daría un poco de atención a la pobre vieja.

Lo odiaba, todas las criadas a su servicio lo odiaban pero nadie quería poner en riesgo su vida enfrentándolo. El hombre iba siempre con un revólver en su cintura y una fusta en su mano derecha; con la misma que le había provocado tal corte en la pierna, que luego desencadenó en su muerte. En aquel momento la idea la iluminó, si nadie lo enfrentaba por miedo a morir ¿Qué podría perder ella ahora?

Así se daba por comenzado el temor para aquel hombre. Ella, al conocer todos los recovecos del lugar, los utilizaba de escondite mientras con ruidos horribles como rasguños en las paredes o crujir con los dientes, comenzaba a asustar al patrón.

Las primeras noches se mostraba indiferente, pero a la quinta, el malestar por no poder dormir comenzaba a volverlo loco. Sus dientes chocaban entre sí producto del miedo que lo inundaba, acariciaba con el índice el gatillo del revólver y mantenía una vela encendida cerca para que su habitación nunca se consumiera en la oscuridad total. Ella, escondida, gozaba y recorría rápido por al lado de su cama para que la pequeña llama se apague, provocando un grito y la desesperación del hombre para volver a encenderla. Poco a poco se fue volviendo loco, por lo que ya era el momento ideal para que ella se revelara. Salió de su escondite y se encaminó hacia él. Sus ojos estaban inyectados en sangre y cualquiera temblaría si la viese.

El hombre giró rápidamente en su cama cuando vio una figura detrás. Al verla, sus ojos se abrieron al igual que su boca pero sin emitir sonido alguno.

Se había creído un tipo bravo toda su vida pero quedó seco como una hoja de otoño cuando la vio. La fortaleza estaba en sus brazos para golpear a los criados pero la debilidad en su corazón y cerebro habían encontrado su hogar.

La pobre mujer quedó en la estancia de por vida y realizaba alguna que otra presencia cuando lo creía necesario, tal vez cuando algún criado maltrataba a otro, siendo en parte una justiciera. Su lugar favorito para pasar los eternos días y noches era el pozo en una esquina de la estancia, en donde habían lanzado el cadáver del patrón, aquél no reapareció en forma de fantasma o al menos no se atrevió a mostrarse cerca de ella.

## **La venganza que no tenía nombre**

Violeta González

Mirábalo enojado el diablo a Dios el día que sin previo aviso se rebeló, mirábalo por el rabillo del ojo. Estaba que ardía de la bronca y de un tirón le arrebató la corona. No hubo ángel ni hombre capaz de hacer lo que hizo el diablo ese día.

Una vez cualquiera, supóngale un lunes —porque no hay días ni noches en el Reino de los Cielos— los ángeles se reunieron en el palacio celestial. Pudiera oírse a lo lejos susurrante la melodía de las arpas cuando un distinto habló. Rebosaban de curiosidad y posaron sus ojos en la bronca voz que encarnaba la figura del diablo.

Rodeados por la vasta estructura de muros y pilastras, los ángeles se sorprendieron. Se medían en su intento por comprender lo que el peregrino les estaba contando ¡había otra verdad que la Iglesia había osado arrebatarseles!

No hubo aceptación por parte de la audiencia. Por supuesto que Dios todopoderoso se enteró de todo esto, puesto que era ubicuo, y a los días prohibió a los querubines nombrar a las mujeres.

Viera usted la cara del viejo cuando le dije quién era.

En nombre del diablo y por venganza, me paré frente al trono blanco mate y le arrebaté su nimbo, proclámese su reina. Cantaba victoria a contratiempo cuando los serafines vinieran a por mí.

Esa noche dormí en una celda, en desventaja y con un par de mantas. El carcelero ha de preguntar mi nombre, a lo que le respondí:

—No tengo—. Y me volví a dormir.

### **Siempre es mejor en taxi o Uber**

Gregorio Manuel Grasso

Estoy con frío, apretado y no puedo moverme. Veo a mis hermanos y a todos mis familiares alrededor mío llorando. Trato de decirle a mi hermano que me tape con alguna manta o buzo pero no me escucha. Ni él ni nadie me presta atención. Entonces recuerdo lo que sucedió y que por culpa de esa noche loca y descontrolada estoy acá, en un ataúd muerto a los 22 años.

Veo llegar muchas flores, hasta una corona. Siento que me querían mucho pero me molesta que no me lo hayan demostrado antes. Aunque no me gusta que me entierren, lo acepto. Ellos son los que deciden ahora, yo quería ser cremado y que tiren mis cenizas al mar pero jamás se lo dije a nadie. Qué sabía yo que me iba a morir a los 22 años.

Escucho un murmullo muy fuerte, veo que las caras de mi hermano y mi mamá cambian de repente y los noto enojados. Alguien lo nombra y ahí sé quién había llegado. Es él, Santiago, mi mejor amigo desde los 13 años, con quien éramos más hermanos que amigos. Estábamos siempre juntos y anoche estuvo conmigo, pero no entiendo por qué mi familia está enojada con él.

El ambiente es cada vez más tenso y empiezan los insultos hacia mi amigo, entonces entiendo. Lo acusan de que quien manejaba el auto era él, pero solo Santiago y yo sabemos que quien lo hacía era yo. Estaba manejando yo porque en el momento de la vuelta a casa pensé que era el que estaba en mejor estado de los dos, pero se ve que no. Nos tendríamos que haber tomado un taxi.

Se suponía que el clima en mi velorio tenía que ser armonioso. Pero no, es todo lo contrario. La situación no da para más, mi hermano está cada vez más molesto, mi mamá no para de llorar e insultar a mi amigo. Quiero tratar de decir la verdad, hago toda mi fuerza pero no puedo y a Santiago nadie le cree. Veo que mi hermano, un chico muy tranquilo, le levanta la mano para pegarle pero él la esquivo y el golpe da en mi ataúd. Quedo desparramado en el piso, y estando allí sin poder moverme veo en el fondo de la sala un hombre de bigotes y traje que no reconozco. El mismo se acerca y se presenta a mi familia. Es un juez de la comisaría novena y dice que tiene los videos de la noche del accidente en su celular.

Escuchar esto me alivia mucho porque sé que por fin se va a saber la verdad y a mi familia se le va a ir el odio hacia mi amigo Santiago. Ven el video y se nota que el conductor era yo, que la culpa del choque es mía. Mi mamá llora mucho y al mismo tiempo trata de pedirle perdón a Santiago.

Ahora sí puedo descansar en paz, adiós vaquero.

### **Mis demonios me visitan**

Maité Nahir Guida

Un sudor frío cubría mi espalda desde la nuca hasta el extremo inferior de la espina dorsal.

Velozmente y algo agitado, abrí los ojos. Mi habitación estaba intacta, tal cual la había dejado anoche, con la diferencia de que no estaba solo. Divisé dos figuras expectantes que me analizaban oscura y taciturnamente desde los pies de mi cama. Mi pulso se aceleró ¿Qué eran? ¿Qué querían?

No hablaban, pero sentí cómo me penetraban con sus ojos imperceptibles. No las descifraba, eran amorfas, pero imponentemente tenebrosas.

De un movimiento, una de ellas flotó suspendida por encima de mí. Su respiración tibia chocaba contra mis mejillas.

Atiné a moverme. Quería gritar, correr, empujarlas. Pero era absurdo, ninguna molécula de mi cuerpo respondía hacia ese estímulo que lograba llenarme de pánico.

Tomé coraje, le di la orden a mi cuerpo, intenté moverme. En ese instante sucedió lo peor.

La figura que estaba encima de mí me embistió. Me tomó por el cuello con una suerte de mano con dedos filosos. Quería asfixiarme sin razón aparente. Mi cuello ardía, sentía cómo corría la sangre dentro de mí, me dolían los latidos.

La presión se acrecentaba y yo solo quería correr a la otra habitación donde se escuchaban los ronquidos de mi madre, que me desesperaban aún más.

Desde el otro extremo de la pieza la segunda figura observaba. Percibí su maldad, querían llevarme con ellos. Yo estaba inmovilizado. Me exasperaba no saber qué eran y por qué me hacían esto. Ya me sentía impotente, desgastado, mi respiración era casi nula, el dolor era incontenible.

De un movimiento repentino y con una fuerza desconocida, la figura me levantó de mi cama para aprisionarme contra la pared junto a mi ventana. Apenas podía respirar el aire que entraba por la rendija.

Intenté mover mi brazo, pero en el instante que lo hice sentí cómo miles de puntadas herían mi mano. Sentí cuchillas atravesar mi piel, miles y miles de ínfimas cuchillas que la penetraban y daban lugar a que mi sangre corriera espesa.

Fue ahí cuando la mano que me agarraba se tornó blanda y familiar, como si fuera la mía. Y las cuchillas no eran cuchillas, eran vidrios; y mi ventana rota; y yo despertando; y mi habitación vacía.

### **El funeral con momento feliz**

Eileén Elizabeth Ortellado

Tenía diez años cuando mi mamá nos llevó de vacaciones a mi hermana y a mí a la costa. Fuimos a Mar de Ajó, donde vivía mi hermana Gladys con su marido y su suegro Genaro. Pasamos la primera semana todas juntas, conocimos el mar, jugamos en la playa, visitamos el centro; lo mejor de todo era cuando íbamos a jugar al tejo. Al terminar la semana, mi mamá tenía que volver al trabajo. Eso significaba el fin de las vacaciones para todos. Pero ella decidió dejarnos con mi hermana mayor.

Era la primera vez que nos dejaba solos en un lugar lejos de casa. Yo no me sentía muy bien, ya que sabía que iba a extrañar a mi mamá. Además, mis hermanos no se llevaban de maravilla.

Pasaron los días y todo seguía bien, hasta que el suegro de mi hermana, Genaro, se enfermó y al pasar los días comenzó a empeorar, al punto de tener que ir de urgencia al

médico. Llegaron los familiares de Genaro, que se turnaban para cuidarlo. Se instalaron todos en la casa, eran como 20. Eso significaba el fin de las salidas, y a mí me ponía mucho peor. Sin embargo, lo peor estaba por pasar.

Genaro falleció, y mientras los hijos iban al funeral, los más chicos se quedaron con nosotros. Si bien nos reímos mucho porque jugamos a las cartas entre todos para pasar el tiempo, fue un momento muy incómodo porque no conocíamos mucho. Además, nosotros estábamos de vacaciones y terminamos involucrados en una situación muy incómoda y muy íntima donde todos lloraban muy tristes mientras mi hermano y yo no sabíamos qué hacer.

Pasaron los días, llamamos a mi mamá y nos volvimos a casa. Ella después de un tiempo se enteró que había fallecido este hombre, ya que habíamos quedado con mi hermana en no decirle nada para no preocuparla.

### **Una amistad que no fue tal**

Valentín Hugo Valdés

En la década de los '90 había dos raperos que eran muy exitosos en la escena del Hip-Hop. Uno se llamaba Tupac Shakur, mejor conocido como 2Pac, oriundo de Los Ángeles; y el otro se llamaba Christopher Wallace, cuyo sobrenombre era Notorious B.I.G, proveniente de Brooklyn. Ellos se conocieron en una fiesta, en la cual había mucha droga, alcohol y se escuchaba rap. Hicieron una freestyle, que era una improvisación, y lo pasaron genial.

Tupac ayudaba mucho a Notorious B.I.G a crecer como artista. Lo aconsejó desde las letras hasta la producción de las canciones; hicieron un tema juntos y, además, Wallace era telonero de Shakur en los recitales de este último. Para los amantes del Hip-Hop y especialistas en el tema, ambos son considerados los mejores raperos de la historia.

Un día como cualquier otro, Tupac iba a visitar a Notorious B.I.G a su hotel en Nueva York pero cuando estaba esperando el ascensor para subir al departamento de Wallace lo rodearon dos hombres encapuchados y vestidos de uniforme militar, le robaron su reloj y sus cadenas de oro. Pero, además, lo acribillaron de seis tiros: dos en la cabeza, dos en la ingle, uno en el brazo y otro en el muslo. Shakur logró subir al ascensor y llegó al departamento de Notorious B.I.G, miró a Wallace y los amigos de este, y se desmayó. Pasó una semana en el hospital y salió de alta médica.



Después de esto, ya recuperado, Tupac acusó a Sean Combs, el manager de Biggie, Andre Harrell, amigo de Biggie y Biggie Smalls, Christopher Wallace, a los que vio poco después del tiroteo. Shakur los describió como si actuaran de manera muy extraña, algo así como sorprendidos de que estuviera vivo. Por eso, 2Pac creyó que el que era su amigo lo había traicionado.

El tema que grabó Biggie "Who Shot Ya?" se tomó como una provocación hacia 2Pac, por lo que este último se enemistó con Wallace. En 1996, Tupac grabó un tema llamado "Hit Em Up", en el que él mismo dice que se acostó con la esposa de Wallace, Faith Evans, y que Biggie copió su estilo. Después de esto, Shakur golpeó a un miembro de la banda de Notorious B.I.G en un evento de rap, con lo que se intensificó la rivalidad entre ellos.

Este enfrentamiento entre la Costa Este -representada por Notorious B.I.G-, y la Costa Oeste -con Tupac Shakur a la cabeza- culminó trágicamente, ya que los dos murieron. Tupac en 1996 fue tiroteado cuando salía de la pelea de Mike Tyson versus Bruce Seldon y murió en el instante. Por eso mismo, se especuló que fue el mismo Christopher Wallace quien lo mandó a matar. Por otro lado, Notorious B.I.G en 1997 murió acribillado a la salida de la ceremonia de Soul Train Music Awards en el Museo Peterson de Automoción en Wilshire Boulevard, Los Ángeles. Los medios dijeron que lo mataron en venganza a la muerte de 2Pac.

## **El tren pasa una sola vez**

Álvaro Gustavo Villafañe

Comenzamos siendo compañeros de secundaria, en tercer año cuando yo era nuevo en el turno de la mañana. Yo era muy sociable con todos porque sentía la necesidad de hacer amigos nuevos. En ese tiempo estaba contento y me sentía afortunado del grado que me había tocado. Al pasar unas semanas, ya había hecho un grupo de compañeros muy bueno, con quienes formamos una buena hermandad durante años. Tenía, además, compañeras lindas y atractivas por las que me sentí atraído. Aún así, de todas aquellas, había una que siempre destacaba y llamaba muy fácilmente mi atención. Era muy considerada conmigo, siempre me ayudaba en todos los deberes que me costaban. De todas las chicas era la más dulce, simpática y cariñosa, y se convertiría en una de las razones para alegrarme las mañanas.

Compartíamos mucho tiempo como amigos, y en el medio se encontraba su primo, a quien en ese momento consideraba mi mejor amigo. Pasamos meses celándonos, enojándonos por cualquier tontería, hasta que en cada pelea su primo me repetía una y otra vez “el tren pasa una sola vez y está en vos tomarlo o no”.

Un fin de semana, salimos de una fiesta los tres junto a un grupo más de amigos. A mitad de la noche la noté mal y de repente me salió darle un abrazo. Ella sufría problemas familiares y ver al hermano en esa fiesta no le hacía para nada bien. Al cabo de unos minutos la miré, le sequé las lágrimas y, sin pensarlo, le pedí ser novios. Su ánimo cambió para bien, más allá de mis nervios y emociones.

Duramos un año y siete meses. Durante las últimas semanas antes de dejarla, yo me preguntaba si todavía la seguía amando o solo estaba con ella por comodidad y costumbre. Sentía temor de cómo se lo podía tomar y lo que menos quería era verla llorar.

Una tarde, arreglamos para ir a una plaza a tomar un helado y, como a mí me consumía una culpa inexplicable, lo hice rápido y claro. Le expliqué mi situación sobre que no podía seguir de novio si yo no sentía amor. Sus lágrimas me desgarraron, pero era lo que necesitaba